

# La rentabilidad como objetivo público

por Ramón Díaz

MI propósito no consiste en negar toda relevancia práctica a las protestas de falta de rentabilidad que surcan el aire uruguayo. Sólo sugerir que la intervención gubernamental en materia de rentabilidad puede conllevar sus problemas, y recordar que un poco de teoría económica, como dicen nuestros vecinos norteros, no faz mal a ninguem.

¿Qué debemos entender por rentabilidad de una empresa? Pues consiste en el excedente ganado luego de pagar los insumos comprados a otras empresas, los salarios del personal contratado, las rentas de la tierra alquilada, y el interés sobre el capital tomado en préstamo. La teoría económica enseña que, a la larga, ese excedente es igual a la suma de los ingresos que los dueños de la empresa podrían obtener por los recursos de su propiedad aplicados al propio negocio —el salario que podrían ganar empleándose, el interés que podrían obtener colocando su capital, y la renta que le reportaría el arrendamiento de sus tierras.

Esto, como decía, a la larga. En el corto plazo, en cambio —en ese ámbito cronológico del análisis económico en que no ha transcurrido aún bastante tiempo para que los desequilibrios se subsanen— podemos encontrarnos con excedentes, o rentabilidades, por encima o por debajo de aquella norma. Decimos entonces, en el primer caso, que la empresa está alcanzando ganancias diferenciales, o beneficio puro, y en el segundo, que está perdiendo dinero.

Tales situaciones se reconocen como desequilibrios, ya que, si sobrevienen, hay fuerzas que entran a tallar para ajustarlas a la norma que debe regir a la larga.

Si las empresas de determinada industria están obteniendo ganancias diferenciales, las fuerzas equilibradoras que entran en acción son de dos órdenes. En primer término, las empresas del sector ocupan más mano de obra y más capital, al procurar maximizar sus ganancias diferenciales, y al hacerlo incrementan la oferta de sus productos y hacen bajar el precio de estos. En segundo lugar, en el mismo proceso de incrementar su ocupación de factores productivos, en la medida que la empresa emplee recursos especializados, de oferta consistentemente inelástica, la tasa de remuneración de tales factores subirá.

Supongamos que la industria que está obteniendo beneficios puros es la industria circense. El primer efecto —expansión de la industria— implica más y mayores carpas, más jaulas, más fieras, más peones, más porteros y acomodadores, más administradores. El segundo —mayores remuneraciones para los recursos especializados— significa mayores sueldos para los payasos, equilibristas y domadores.

Ambos efectos tienen sus correspondientes simétricos. Si los empresarios circenses pierden dinero la situación desembocará en menos circo menos grandes y personal especializado peor pagado. Pero cambiemos el ejemplo. Supongamos que la industria sujeta a pérdidas es la cría de ganado vacuno. No es fácil en este caso que el área de tierra ocupada por esta industria se contraiga, pero sí se contraerá la cantidad de capital invertido por hectárea.

Además los recursos especializados —tierra y productores rurales— recibirán menores remuneraciones, y también algunos insumos especializados —v. gr. reproductores— bajarán de precio.

¿Qué pasaría si un gobierno concibiera el objetivo de mantener la rentabilidad de todas las empresas en el nivel de la norma de largo plazo, cancelando mediante impuestos las ganancias diferenciales, y compensando las pérdidas mediante subsidios?

Pues ese país perdería el vital mecanismo que poseen las economías de mercado para adaptar la oferta a la demanda (nacional o internacional), lo que entrañaría un enorme costo social.

Lo dicho, ¿significa que todos los apartamientos respecto de la norma de largo plazo representan señales válidas para que la oferta se adapte a un cambio de la demanda? Negativo. Una economía de mercados es un sistema de comunicaciones expuesto a señales falsas. Si se pudieran distinguir las perturbaciones de las señales válidas, podría haber justificación para una intervención gubernamental. Si se pudieran distinguir las malezas del trigo, podría hacerse una siega preliminar de aquéllas. Todos reconocemos, sin embargo, que eso sería difícil. Pues bien, las economías son mucho más complejas que los trigales. Sobre ellas deberíamos leer un letrado bien grande que dice: tratar con cuidado.